

# Capítulo 1

## LAS VIRTUDES Y LOS DESAFÍOS

Aquí estoy, sentado en mi estudio de Cambridge, Massachusetts. En esta mañana preciosa y fría de enero entra el sol por la ventana que tengo a la izquierda. Encima de la mesa hay una caja con un juego de cartas, cada una de las cuales contiene una reproducción de un cuadro impresionista conocido. El libro en el que estoy trabajando —y que ahora lee usted— tiene dos finalidades. En primer lugar, está concebido para ayudarnos a reflexionar sobre el estatus actual de las tres virtudes humanas esenciales: la verdad, la belleza y la bondad. A la luz de este replanteamiento, ofrezco sugerencias a los padres, a los profesores y a otras personas, incluidos nosotros mismos, que sopesamos cómo educar a las siguientes generaciones.

Las frases que acabo de escribir parecen inobjektables, al menos para alguien que no sea un filósofo avezado. De hecho, ejemplifican lo que denominaré las virtudes clásicas. Las declaraciones son verdaderas: es enero, estoy sentado en mi estudio, etc. Me refiero a cuadros de artistas como Claude Monet y Edgar Degas, obras de arte que se suelen considerar bellas. Y he citado los objetivos de mi ejercicio literario: analizar detalladamente ciertos aspectos nucleares y ofrecer recomendaciones educativas bien fundamentadas; dos empresas que se suelen considerar buenas.

Supongamos que estas declaraciones —y los sentimientos que encierran— fuesen tan poco problemáticas como he señalado. Sería fácil elaborar este libro; de hecho, podría concluir aquí. Y, en efecto, en la vida solemos dar por sentadas estas virtudes. Suponemos que es «verdadera» la mayor parte de las cosas que oímos en boca de otros,

que captamos en los medios o que percibimos con los sentidos. Apenas podríamos desempeñar nuestras funciones si dedicásemos tiempo a cuestionar todas y cada una de las señales que captamos a través de los sentidos o de la psique. Asimismo, independientemente de que mencionemos o no la palabra *belleza*, nuestras decisiones reflejan una sensibilidad estética. Valoramos determinados sonidos y visiones por encima de otros, gravitamos en torno a determinadas escenas y experiencias al tiempo que evitamos otras, y cuidamos nuestro aspecto, así como el de los humanos (y mascotas, jardines, comedores, comidas) de cuya presentación nos sentimos responsables. Y además está la cuestión de nuestras relaciones con otras personas, y nuestra evaluación de las conductas ajenas, tanto las de las personas que conocemos como las que extraemos de los medios informativos, la historia o la literatura. Raras veces dudamos en juzgar unas como buenas, otras como malas y la mayoría como una amalgama indeterminada. Apenas podríamos sobrevivir —apenas lograríamos llegar al final del día— si no navegásemos, al menos de forma implícita, entre lo verdadero (y lo que no es verdadero), lo bello (y lo que no es bello) y lo bueno (y lo que no es bueno). ¡Inténtelo!

Sin embargo, las virtudes clásicas sufren los embates de nuestra era. En Occidente, los conceptos de lo verdadero, lo bello y lo bueno sufren desde hace varias décadas una presión considerable, tal vez sin parangón, procedente de dos ámbitos inesperados, ambos bastante nuevos: las ideas que describimos como posmodernas y los poderosos medios digitales, en creciente expansión.

Desde una perspectiva —la filosófica—, la crítica posmoderna surgida de las humanidades ha cuestionado la legitimidad de este trío de conceptos (en lo sucesivo, *el trío*). Según este planteamiento escéptico, la valoración de lo que es verdadero o bello o bueno sólo refleja las preferencias de quien ejerce el poder en un determinado momento; en un mundo relativista y multicultural, lo máximo a lo

que podemos aspirar son conversaciones cívicas a través de líneas divisorias a menudo irreconciliables. Y así, por ejemplo, los posmodernos moderados podrían cuestionar mi caracterización del arte impresionista como bello, afirmando que me dejó influir por una visión de la pintura que, debido a un conjunto accidental de circunstancias, ha llegado a prevalecer en los libros de texto. Los posmodernos más agresivos descartarían por completo el término *bello*, con el argumento de que es un concepto carente de significado o algo más venal, a saber, un modo de insinuar que me arrogo el derecho de determinar el mérito artístico. También tildarían de arrogantes, subjetivas o carentes de significado mis afirmaciones sobre la verdad y la bondad.<sup>1</sup>

Desde una perspectiva bastante diferente —la tecnológica—, los nuevos medios digitales han dado lugar a una situación caótica.<sup>2</sup> Gracias a su predominio, nos encontramos con una mezcla de argumentos y contraargumentos; una mixtura inusitada de creaciones, constantemente revisadas; y un paisaje ético confuso, carente de regulación y en gran medida inexplorado. ¿Cómo determinar lo que es verdadero, si cualquiera puede cambiar en cualquier momento una afirmación publicada en la Wikipedia sobre quién soy y qué hago? ¿O si todos podemos presentarnos en las redes sociales con la identidad que escojamos? ¿O si los blogs pueden afirmar sin pruebas y sin consecuencias que el actual presidente de Estados Unidos nació en Kenia? ¿Cómo se puede determinar lo que es bello, si una fotografía de un maestro reconocido puede retocarse hasta la saciedad con Photoshop, o si la valoración de las obras de arte establecida mediante el voto mayoritario tiene más peso que la que ofrecen los expertos? ¿Cómo se puede alcanzar la bondad —el correcto proceder— si es tan fácil divulgar rumores infundados sobre la vida privada de otra persona, o si casi todo el mundo se descarga música aunque sea técnicamente ilegal?

A pesar de que las críticas posmodernas y los medios digitales tienen orígenes e historias independientes, constituyen una alianza fuerte y poderosa. Cada una de esas dos fuerzas por separado suscita inquietud a quienes valoramos la verdad, la belleza y la bondad; tomadas en conjunto, desconciertan hasta a los que están más convencidos de ellas. En este libro defiendo firmemente la importancia o incluso la vitalidad esencial de este trío. Y, aunque no pretendo afirmar que sean sus únicos agentes desestabilizadores, me propongo abordar en serio las amenazas que para dicho trío suponen la posmodernidad y los medios digitales. Confío en que el análisis resultante revele el «núcleo esencial» de estas virtudes, nos ayude a conservar ese núcleo en nuestro tiempo y nos sugiera la mejor manera de transmitir dichas virtudes a las próximas generaciones.

¿Por qué «debemos» preocuparnos por lo verdadero, lo bello y lo bueno? ¿Y por qué nos preocupan? ¿Por qué nos preocupan tan profundamente? Tal preocupación es fundamental para nuestra condición humana, y así ha sido durante miles de años. Los primeros humanos mostraban una inteligencia maquiavélica: se engañaban mutuamente mediante palabras o actos que sólo son posibles si otro miembro de la especie no tiene acceso a lo que la primera persona cree verdadero. Aquellos humanos también se acicalaban, decoraban las tumbas y, de manera espectacular, las paredes interiores de las cuevas donde practicaban ritos, así como incipientes (y tal vez excelsas) manifestaciones de la belleza. Y mientras se erigían estatuas para conmemorar a los héroes humanos y divinos, se establecían castigos brutales e inmediatos para quienes infringían las normas del grupo, para aquellos que cometían actos considerados infames. Desde la noche de los tiempos, todas las civilizaciones conocidas han desarrollado una concepción de las declaraciones que son verdaderas y falsas; de las experiencias que son bonitas, feas o banales;

de las acciones y relaciones humanas que se consideran buenas, comprometidas o rotundamente malvadas.

Los seres humanos alcanzaron un hito crucial cuando empezaron a hablar o escribir explícitamente sobre estas virtudes y sobre su carencia. En los textos fundacionales de la Biblia hebrea, las *Analectas* de Confucio o los *Upanishads* védicos encontramos referencias elocuentes a las verdades importantes, ejemplos de palabras e imágenes hermosas y una clara identificación del bien y el mal. Y un momento fundamental llegó cuando los filósofos de Atenas —fundamentalmente Sócrates, Platón y Aristóteles— expusieron sus definiciones de la verdad, la belleza y la bondad, así como de lo que significa una vida guiada por este conjunto de virtudes. (El filósofo Alfred North Whitehead se situaba dentro de los límites hiperbólicos aceptables cuando escribió: «La caracterización general más certera de la tradición filosófica europea es la que consiste en una serie de notas al pie a los textos de Platón».)<sup>3</sup>

En algunas épocas, la definición y la delimitación de estas virtudes no eran fruto del debate, sino que venían dictadas desde arriba. Los regímenes autoritarios o totalitarios cuestionan la continua exploración de las tres virtudes, porque los déspotas como Stalin, Mao o Hitler afirman que tales cuestiones están claramente definidas e intentan acallar las voces discrepantes. El escritor George Orwell pensaba en tales sociedades cuando, en su distópica novela *1984*, el Ministro de la Verdad declara: «La Guerra es paz, la Libertad es esclavitud».<sup>4</sup>

Aunque siempre prevalece el interés por la cuestión, las virtudes han sido objeto de un intenso debate en las sociedades más vitales. ¿Es innato el conocimiento de la verdad, según se desprende de las preguntas de Sócrates dirigidas a un esclavo, o viene establecido por el tipo de observaciones y clasificaciones a las que llegan los observadores cultos o como las que define Aristóteles? ¿Se alcanza la be-

lleza mediante la rigurosa adhesión a las proporciones áureas, o es un don arrebatado a Dios o a los dioses u otorgado por éstos? ¿La bondad proviene de una sola deidad, de los conflictos entre los moradores del panteón olímpico, o de las leyes cinceladas en piedra por un líder poderoso o por los representantes del pueblo? Éste es un debate que se desarrolló durante el reinado de Hammurabi en Babilonia, en la Grecia del siglo iv, en la Roma de la era republicana, en la dinastía Song de China, en el califato árabe de Siria y Egipto, en el Renacimiento italiano y en la fundación de las grandes democracias constitucionales de la era moderna. Con la ayuda de la perspectiva histórica, se disciernen las amenazas que surgen cuando el espíritu de debate e indagación entra en conflicto con los estrechos límites de otro modelo: la Córdoba medieval de Maimónides fue arrollada por la España de la Inquisición; la China confuciana de los poetas, pintores y sabios dio paso, a lo largo de los siglos, a las masacres humanas y destrucciones culturales de la China maoísta.

No obstante, cuando las diversas concepciones existentes dentro de una sociedad pugnan entre sí, es muy probable que se desencadenen importantes conflictos. Pensemos en los últimos estertores de la Rusia zarista en las primeras décadas del siglo xx, o en el período de decadencia de la República de Weimar en la Alemania de finales de los años veinte. En ambos casos, el debate civil se atenuó y en su lugar surgió el conflicto armado; parafraseando al poeta Yeats, «el centro no resistió». Las consecuencias últimas fueron la Rusia estalinista del gulag y la Alemania nazi de los campos de concentración, sociedades en las que todo discurso abierto sobre las virtudes se convirtió en tabú.

En nuestra sociedad y nuestro tiempo, tanto en el ámbito nacional como en gran parte del planeta, la indagación y el debate sin restricciones son un hecho notorio, y esta situación es claramente preferible a la alternativa. Veamos algunos ejemplos. Por cada decla-

ración de una autoridad en pro de una virtud, encontramos una objeción desde otra instancia. El premio Nobel Albert Camus declaró: «Sólo una cosa en la Tierra parece mejor que la justicia: y es, si no la verdad en sí, la búsqueda de la verdad».<sup>5</sup> Casi a modo de respuesta, el premio Nobel Harold Pinter declaró que «no hay límites tajantes entre lo verdadero y lo falso. Una cosa no es necesariamente verdadera o falsa; puede ser verdadera y falsa a la vez».<sup>6</sup> El escritor Gustav Flaubert intentó formularlo en ambos sentidos: «De todas las mentiras, el arte es la menos incierta». Toda una generación de artistas y críticos de arte eludió el debate sobre la belleza; y, posteriormente, en poco tiempo, el crítico literario Elaine Scarry, el erudito Umberto Eco y el filósofo Roger Scruton dedicaron libros enteros a la exploración de la belleza.<sup>7</sup> Son asuntos que merecen y requieren un nuevo análisis. Las condiciones cambian, cambia la gente y, a falta de un diálogo continuo, los saberes heredados evolucionan hacia la ortodoxia irreflexiva. Aun así, es preciso marcar constantemente el rumbo entre el disimulo de las diferencias y la hostilidad abierta con las opiniones discrepantes.

Y así llegamos a la situación actual. Toda sociedad que pretenda perdurar debe velar para que estos conceptos y valores se transmitan de forma viable a las siguientes generaciones. Si renunciamos a una vida marcada por la verdad, la belleza y la bondad —o al menos por la búsqueda permanente de estas virtudes— a efectos prácticos, nos resignamos a vivir en un mundo donde nada tiene valor, donde todo vale. Para no sucumbir a una existencia tan triste, tan anómala o absurda, es esencial revisar los conceptos de este trío desde una perspectiva esclarecedora. Recordando los encendidos debates que marcaron otras épocas anteriores de la civilización, debemos determinar lo que es esencial, aquello a lo que no se puede o no se debe renunciar, así como lo que ya no es relevante o justificable y lo que debería replantearse en el futuro. Debate, sí; desestimación, no. En última

instancia debemos trascender el relativismo y el cinismo a menudo concomitante de la posmodernidad; debemos asumir los grandes cambios que entraña el universo digital; pero no podemos limitarnos a reimplantar las simplicidades o los absolutismos de épocas anteriores o de las dictaduras contemporáneas. También tenemos que replantearnos la manera de inculcar estas tres virtudes a los jóvenes y la conveniencia de que las personas mayores redefinan (hasta cierto punto) periódicamente estos conceptos.

Empecemos por la verdad. Por gentileza de la crítica posmoderna, no nos atrevemos a afirmar que la verdad sea evidente y consensuada. Tal vez vemos el mundo desde nuestros propios prejuicios, ya sean los de Fox News o los de la National Public Radio, la BBC o Al Jazeera. O acaso la verdad pierda validez porque se halla demasiado entrelazada con el poder. ¿Qué había de verdadero en la Rusia estalinista orwelliana o en la China maoísta, o en el «barrunto» del gobierno de Bush-Cheney-Rumsfeld?<sup>8</sup> Y si tenemos en cuenta el farrago de información y desinformación accesible a través de cualquier buscador, ¿cómo podemos determinar lo que es cierto, o si la búsqueda de la verdad se ha convertido en una misión absurda?

En segundo lugar, la belleza. Es posible que exista un consenso universal —o al menos entre la gran mayoría de los expertos y amantes del arte— en que una vasija griega clásica o una miniatura persa o los paisajes marinos de Claude Monet de mi despacho son bonitos. Sin embargo, como el lector recordará por sus clases de historia del arte, las obras de los pintores impresionistas como Monet fueron repudiadas por los críticos cultos hace ciento cuarenta años. Y en la actualidad, en cualquier museo de arte genérico vemos expuestas numerosas obras que son valiosas y muy apreciadas, pero que no merecerían el calificativo de *bonitas* (por ejemplo, las obras de los pintores británicos Francis Bacon y Lucien Freud). No es de extrañar que los críticos de arte eludan toda referencia a la belleza en sus



textos. En gran parte del mundo académico o en los círculos de opinión, se considera poco sofisticada la alusión a la belleza, porque el objetivo del arte, según la «opinión ilustrada» actual, no consiste en crear objetos asombrosos (algo trasnochado o *kitsch*), sino en desconcertarnos o invitarnos a reflexionar.

Pensemos ahora en las opciones disponibles en los nuevos medios digitales. Es posible crear y recrear hasta el infinito las obras de arte mediante Photoshop; es posible ejecutar infinidad de mezclas de pasajes musicales; es posible combinar decenas de versos de poetas conocidos o anónimos, reformulándolos tanto como se quiera. De este modo, la opinión autorizada acerca de lo «bello» da paso a las veleidades del gusto individual o a los esfuerzos acumulativos de infinidad de creadores anónimos cuya obra nunca está acabada, o siempre está inconclusa. Cuando una imagen o un patrón sonoro es evanescente, y cuando cualquiera que tenga un ratón puede ser creador de arte, el término *belleza* pierde fundamento o, si lo prefiere, flota sin rumbo en el ciberespacio. En un ejemplo característico del pensamiento posmoderno, la desaparecida crítica Susan Sontag opinaba lo siguiente: «A semejanza de lo que ocurre con las imágenes fotográficas, se asigna a las cosas y los acontecimientos nuevos usos y nuevos significados que trascienden la distinción entre lo bonito y lo feo, lo verdadero y lo falso, lo útil y lo inútil, el buen y el mal gusto».<sup>9</sup>

Y por último, el bien. En una determinada época histórica o zona geográfica, se puede identificar con cierta claridad lo que es bueno y lo que es malo. Por ejemplo, en la antigua Atenas, el valor en la guerra y la amabilidad con los esclavos se consideraban rasgos de bondad. La renuencia a participar en la batalla o a ser indulgente con la esclavitud eran actitudes sospechosas, o incluso motivos para decretar la ingestión forzosa de cicuta. No obstante, debido al conocimiento de la evolución de la historia humana y a la creciente fami-

liaridad con las culturas dispares en el tiempo y el espacio, nos mostramos vacilantes y timoratos al formular aseveraciones acerca del bien y el mal. Lo que para unos es un terrorista para otros es un luchador por la libertad. ¿Quién encarna el bien o el mal, Atenas o Esparta, Hamas o la Liga de Defensa Judía?

Una vez más, en estos tiempos de saturación tecnológica se cuestionan profundamente los conceptos, hasta ahora relativamente incontrovertidos, de lo bueno, lo moral, lo ético, etc. ¿Cómo concebimos, en una era digital, la privacidad, los derechos de autor o la veracidad de un corresponsal electrónico a quien no puedo mirar a los ojos y que puede reaparecer en cualquier momento con una identidad totalmente distinta en una red social o en un blog? ¿Qué es la «bondad» en la realidad virtual de Second Life? En juegos de multijugador como *World of Warcraft*, ¿es correcto intimidar y engañar porque, al fin y al cabo, el juego no es verdaderamente real? Los rumores verosímiles pero no confirmados que circulan a velocidad de vértigo por Internet ¿son advertencias útiles, acicates para la posterior investigación o mentiras perniciosas? En la era digital fragmentada y polifónica, el ideal de las normas morales comunes parece cada vez más inalcanzable.

A mi modo de ver, las tres virtudes son conceptualmente distintas entre sí. Es preciso evaluar cada una de ellas en función de sus propios méritos (y deméritos). Por ejemplo, somos conscientes de que algo puede ser verdadero (el hecho de que más de cincuenta y siete mil estadounidenses perdieran la vida en la guerra de Vietnam) sin que sea bonito o bueno. De la misma manera, algo puede ser bueno sin que sea bonito; pensemos en un truculento documental sobre la vida en la cárcel, concebido para convencer al público sobre la necesidad de una reforma de las prisiones. Y una escena del mundo natural, tras la desaparición de todos los seres humanos, puede ser hermosa desde el punto de vista cinematográfico, aunque no sea

ni verdadera desde el punto de vista histórico ni buena, al menos para la especie aniquilada, es decir, nosotros.

Pero es importante reconocer que lo que parece evidente para los adultos cultos contemporáneos no siempre ha sido así. Un personaje de la novela *El regreso*, de Bernhard Schlink, cavila: «Los niños albergan la vana esperanza de que lo bueno sea verdadero y bonito y lo malo sea falso y feo». <sup>10</sup> De hecho, en muchas sociedades a lo largo de la historia las tres virtudes se consideraban intrínsecamente relacionadas, si no idénticas entre sí. La escritora Margaret Atwood ha descrito un período histórico de tales características, en referencia al concepto de *ma-at* en el antiguo Egipto. Señala que «*Ma-at* significaba verdad, justicia, equilibrio y los principios rectores de la naturaleza y el universo, el majestuoso avance del tiempo [...]; lo verdadero, lo justo y las normas morales de conducta, el modo en que supuestamente debían ser las cosas, conceptos todos ellos implícitos en una sola palabra. Su opuesto era el caos físico, el egoísmo, la falsedad, la conducta malvada, toda alteración del orden divino de las cosas». <sup>11</sup>

Por lo tanto, tendré que moverme por un terreno de frágil equilibrio. En las páginas que siguen intentaré abordar de forma independiente cada virtud. Presentaré sus características definitorias, sus rasgos constantes y diversos, así como las amenazas que plantean la posmodernidad y los medios digitales. Como veremos, en nuestro tiempo cada virtud tiene un estatus diferente y tendrá un destino particular. No obstante, no perderé de vista la tendencia humana —a lo largo de los siglos y también con la evolución individual— de refundir las virtudes. Intentaré señalar los momentos en que nos encontramos ante más de una virtud, así como los modos en que interactúan las virtudes.

Después de exponer este ambicioso proyecto, debo explicar al lector lo que me ha traído hasta aquí. Me formé como psicólogo en las áreas especializadas de la psicología del desarrollo, la neuropsicología y la psicología cognitiva. Aunque me he adentrado en diversos campos interdisciplinarios, todavía veo el mundo desde la perspectiva de un psicólogo. La trayectoria se resume en tres impulsos sucesivos de mi trabajo. Empecé como psicólogo de las artes, es decir, como investigador del ámbito tradicional de la «belleza». Después, durante muchos años, investigué la cognición humana; a través de estudios del intelecto y el entendimiento, me centré en lo que es «verdadero» y en la manera en que establecemos tal determinación. Más recientemente, durante una década y media, he colaborado en un estudio de ética. Nuestro equipo ha intentado determinar lo que significa ser un *buen* trabajador, un *buen* ciudadano y una *buena* persona en la sociedad acelerada, mediatizada, consumista y global del siglo XXI. A falta de un plan general (al menos uno que se me haya revelado), mi propia vida académica ha trazado un arco desde la belleza hasta la bondad pasando por la verdad.<sup>12</sup>

Aunque me interesan desde hace tiempo los temas aquí abordados, mi propio pensamiento ha cambiado significativamente en los últimos años. Gracias a mis estudios psicológicos de la inteligencia —en particular, la teoría de las inteligencias múltiples—, participé en campañas educativas desarrolladas en Estados Unidos y en el extranjero.<sup>13</sup> Este compromiso en última instancia me estimuló a exponer mi propia filosofía educativa.<sup>14</sup> En *The disciplined mind*, publicado en 1999, elaboré todo un programa curricular en torno a tres temas: la evolución darwiniana, la música de Mozart y el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Estos temas no se eligieron al azar. La evolución se seleccionó explícitamente como ejemplo de verdad científica; Mozart, como ejemplo de belleza artística; el Holocausto judío, como ejemplo histórico de la maldad humana (el

contraste más marcado con el bien). Desde la perspectiva actual, cabría afirmar que escribí ese libro con un enfoque naïf, puesto que me limité a aceptar como no problemático el trío de las virtudes clásicas. En este sentido, probablemente me asemejo a la mayor parte de los lectores —y de los profesores— no versados en el pensamiento posmoderno.

Pero ahora comprendo el peligro de tal ingenuidad. Si nos limitamos a aceptar las virtudes, no estamos preparados para los argumentos sofisticados (si no sofisticos) que cuestionan los conceptos de verdad, belleza y bondad. Por ejemplo, dado que los impresionistas fueron inicialmente rechazados por los críticos cultos, ¿cómo sabemos que tenemos razón al venerar sus obras y encomiar su belleza? ¿Acaso somos más inteligentes o más perceptivos que los «ojos» de 1870? ¿Cómo es posible que la esclavitud o el estatus inferior de las mujeres tuvieran cabida en la antigua Grecia, la misma sociedad donde surgieron la filosofía y la democracia? ¿Por qué la humanidad creyó durante tanto tiempo que el Sol giraba alrededor de la Tierra y que la Tierra era plana, y por qué todavía hay muchos que creen que Dios creó al hombre el sexto día? (Según una encuesta reciente elaborada por el grupo Barna, el 60 % de los estadounidenses sostiene que Dios creó el universo en seis días.)<sup>15</sup> Ante la falta de respuestas satisfactorias para estas preguntas tan irritantes, hasta los adultos mejor formados pueden llegar a rechazar los conceptos de belleza, verdad y bondad. Los jóvenes inquietos, ya de por sí inclinados a cuestionar la sabiduría convencional, serán los primeros que optarán por esta vía.

En mi ingenuidad, alrededor del año 1999, también desconocía los rápidos cambios culturales, como el surgimiento de los nuevos medios digitales, que como mínimo problematizan estos conceptos clásicos. Si una entrada de la Wikipedia se puede alterar minuto a minuto en tiempo real, ¿cómo podemos determinar lo que es verda-

dero o, incluso, si la verdad existe? Si el sitio web del artista Damien Hirst llama constantemente la atención y su arte alcanza precios inusitados, ¿podemos concluir que sus obras —por ejemplo, el célebre tiburón muerto flotando en formol— tienen que ser bellas o que la belleza carece de relevancia? Si una adolescente se suicida después de que una persona la borre como amiga en su Facebook o de que la fotografíe subrepticamente durante un acto sexual, ¿existe alguna persona malvada a la que podamos culpar de lo ocurrido? Comprendo los sentimientos de un personaje de la novela *Fama* de Daniel Kehlmann: «Es extraño que la tecnología nos haya traído a un mundo donde ya no hay lugares fijos. Es posible hablar desde ninguna parte, es posible estar en cualquier lugar, y como nada puede verificarse, todo lo que imaginamos es, a fin de cuentas, verdadero. Si nadie puede demostrar dónde estoy, si ni yo mismo estoy totalmente seguro, ¿dónde está el tribunal capaz de dirimir estas cosas?». <sup>16</sup>

Aunque la idea inicial de un libro puede surgir en un instante memorable, sus gérmenes siempre están dispersos en el espacio y el tiempo. Incluso cuando escribí *The disciplined mind*, era consciente de que había elegido los ejemplos más nítidos, y de que los conceptos de verdad, belleza y bondad no eran en modo alguno evidentes o incontrovertibles. En mis clases o conferencias, los asistentes suelen recordármelo en las preguntas. Entre mis hijos, los amigos de mis hijos y mis propios alumnos, he observado una visión cada vez más relativista, si no nihilista, de las virtudes clásicas. Para quienes son una o dos generaciones más jóvenes, las virtudes parecen sumamente problemáticas, o incluso anacrónicas. Conocía los planteamientos posmodernos desde hacía muchos años, pero debido a mi profunda implicación en el Museum of Modern Art de Nueva York empecé a prestar más atención a tales enfoques. Y di un paso quizá más importante: empecé a aprender de los medios digitales. De forma tímida y cauta, empecé a utilizarlos y, con la ayuda de algunos

colegas talentosos, emprendí una exploración sistemática del uso de estos medios entre los jóvenes. Paulatinamente me percaté de que se estaban cuestionando mis premisas más fundamentales. Había llegado el momento de estudiar, reflexionar y, como tenía por costumbre, presentar las conclusiones en forma de libro.

Puedo exponer sucintamente dichas conclusiones. Cada una de las virtudes engloba un ámbito abstracto de experiencia: propuestas verbales, experiencias evocadoras y relaciones entre seres humanos, respectivamente. Cada una de ellas se ejemplifica mejor mediante determinadas actividades humanas: la ciencia y el periodismo versan sobre la verdad; el arte y la naturaleza son el ámbito de la belleza; la bondad incumbe a la calidad de las relaciones entre los seres humanos. El trío de virtudes, aunque indudablemente evoluciona y es objeto de ataques, sigue siendo esencial para la experiencia y para la supervivencia humanas. No debemos ni podemos renunciar a ellas.

Pero pasemos a los detalles. Podemos estar cada vez más seguros de que las verdades existen en diversos ámbitos. Debemos luchar por identificar y reafirmar las verdades, sin dejar por ello de revisarlas a la luz de los nuevos conocimientos. Conviene reconocer las limitaciones de un canon de belleza y, asimismo, de un conjunto de atributos artísticos encabezados por la belleza. La belleza ahora ocupa su lugar junto a otros valores estéticos no menos relevantes. Como compensación, todos tenemos ahora igualdad de oportunidades para alcanzar un sentido individualizado de la belleza. Por lo que respecta a la bondad, debemos reconocer dos ámbitos: la moralidad antigua, que prevalece entre los vecinos, y la ética asociada con los papeles de trabajador y ciudadano, en constante evolución. Aunque las sociedades humanas, integradas en una matriz global, conservan sus costumbres idiosincrásicas, hoy tienen el desafío de crear y respetar conceptos del bien que trascienden los detalles del tiempo y el espacio.

Cada época tiene sus modos predominantes de explicación, modos que rigen o constituyen el pensamiento de ese período. Después de la revolución newtoniana en la física, por ejemplo, se generalizó la conceptualización de las personas y el universo como aparatos mecánicos. Asimismo, los filósofos de la Ilustración veían el mundo como un avance constante al son del progreso, la razón y la perfección, y si una revolución política podía impulsar las tres cosas, tanto mejor. Después, como reacción contra los excesos de las profundas turbulencias políticas de finales del siglo XVIII, el siglo XIX trajo consigo el reconocimiento de las prácticas peculiares de cada cultura, civilización, región o nación, y puso de relieve el poder del pensamiento y de las fuerzas irracionales.

Cuando analizo mis motivaciones para escribir este libro, me percaté de que, en gran medida, me estimula la necesidad de responder a dos poderosos análisis de la condición humana: uno procedente de la biología; el otro, de la economía. A mi modo de ver, estas dos perspectivas han adquirido una supremacía excesiva en las últimas décadas. Por supuesto, casi todos hemos aprendido de los conceptos y hallazgos de la biología y la economía; no en vano cito profusamente sus ejemplos y argumentos. Ahora bien, discrepo rotundamente de estas visiones del mundo, tomadas en su conjunto. Quienes respaldan a pies juntillas los enfoques biológicos o económicos suelen desestimar el poder de los agentes individuales, así como la eficacia de los individuos que de forma voluntaria e incansable colaboran para alcanzar fines deseables.<sup>17</sup> En cierto sentido, este libro puede entenderse como un argumento contra las hegemonías del determinismo biológico y/o económico.

En primer lugar, consideremos la perspectiva biológica.<sup>18</sup> A medida que se amplía el conocimiento sobre el cerebro y la genética, tanto los investigadores como los legos en la materia sienten curiosidad por conocer hasta qué punto diversas características humanas



están determinadas por la neurobiología. ¿Existe un gen del sentido estético? ¿Hay alguna zona del cerebro dedicada a la detección de la verdad? ¿Cuál? ¿Podemos identificar los circuitos que rigen los juicios morales? Puede que lleguen a identificarse o no tales zonas biológicamente definidas; no obstante, el conocimiento de que algunos genes nos predisponen a preferir una representación gráfica sobre otra, o de que algunas áreas del cerebro se activan cuando tomamos una decisión ética compleja, difícilmente constituye la última palabra en nuestro sentido de la belleza o la moralidad. Ni siquiera estoy seguro de que tal conocimiento constituya el punto de partida: ¿qué sabemos ahora que no supiéramos antes?

Aún más insidioso es un argumento biológico que consta de dos razonamientos: a) los seres humanos somos lo que somos a causa de la evolución, lo que esencialmente es una perogrullada; b) por lo tanto, gracias a una falacia, la evolución determina la naturaleza y los límites de nuestros juicios acerca de la verdad, nuestras preferencias estéticas, la moral y los códigos éticos. Por el contrario, sostengo que lo característicamente humano es nuestra capacidad de modificar —o trascender— los rasgos o inclinaciones que recibimos como atributos iniciales, debido a la evolución. La prehistoria, la historia documentada y las diversas culturas ponen de relieve la flexibilidad de nuestra especie y la inconmensurabilidad de su trayectoria futura.

En segundo lugar, consideremos la perspectiva económica.<sup>19</sup> Indudablemente, la economía se ha convertido en el modo privilegiado de explicación científico-social de la conducta humana. De un modo que resulta especialmente atractivo para los norteamericanos, pero que también encandila en otras partes del mundo, la aplicación de modelos matemáticos o estadísticos a los problemas del mundo real se ha convertido en un procedimiento de análisis intelectualmente privilegiado. Contemos, clasifiquemos, hagamos gráficos, correlacionemos variables, y así sabremos qué es qué y, con toda

probabilidad, qué debemos hacer. En pocas palabras, podemos y debemos cuantificar y clasificar, y podemos confiar en los resultados de dicha cuantificación y en la clasificación resultante. La multitud tiene razón, luego podemos confiar en su determinación de lo que es verdadero. Asimismo, el mercado es infalible, de modo que las mejores obras de arte alcanzan los precios más elevados. Por último, en virtud de un proceso extraordinario, si no milagroso, la sociedad prospera porque cada individuo persigue sus propios intereses de un modo lícito.

Ya antes de la debacle financiera de septiembre de 2008, muchos analistas señalaron los defectos de esta concepción de la humanidad y los mercados. Hemos tenido amplias demostraciones de que los mercados no se regulan automáticamente, de que la gente no sabe lo que le conviene, de que tanto los individuos como los mercados son a menudo irracionales y poco fiables y de que la combinación de ambos elementos puede ser tóxica o estimulante. Sin embargo, sobre todo en Estados Unidos, la perspectiva económica sigue siendo una opción socorrida para gran parte de la población.<sup>20</sup> A pesar de los defectos y limitaciones de este planteamiento recién reconocido como tal, la mayoría de la gente cree que las sociedades deben recurrir a los análisis económicos siempre que sea posible, según un enfoque supuestamente responsable. Si un modo de clasificación no funciona, probamos con otro. En la actualidad, no hay ninguna visión alternativa de la naturaleza humana que tenga una influencia tan preponderante.

Me encantan las obras del periodista Malcolm Gladwell, justamente aclamado por sus libros sobre la clave del éxito, la inteligencia intuitiva y los logros asombrosos que se alcanzan cuando, por un motivo u otro, una persona es un «fuera de serie».<sup>21</sup> Al leer a Gladwell, uno se sorprende por el ejemplo revelador: el experto que intuye, en un pálpito, que la nueva adquisición del museo es una fal-

sificación; o el descubrimiento de que los jugadores profesionales de hockey suelen nacer en los primeros meses del año; o el fenómeno del libro de venta lenta que de pronto pasa a engrosar la lista de *best sellers*. Sin embargo, bien mirado, no es difícil identificar casos que refutan los memorables ejemplos de Gladwell. La intuición de un palpito resulta certera excepto cuando no lo es, cuando es absolutamente desastrosa. Los jugadores profesionales de hockey nacen en los primeros días del año, salvo por las numerosas personas que nacen en esas fechas y no son nada especial, o los muchos jugadores magníficos de hockey que nacen en otras épocas. Y la gran mayoría de los libros registra un índice de ventas gradualmente variable, sin probabilidades realistas de llegar a ser *best seller*.

A mi modo de ver, las perspectivas biológicas y económicas adolecen del mismo defecto o, por decirlo con una formulación más amable, de las mismas limitaciones de predictibilidad o explicación. Aunque exista un gen o una zona del cerebro que se active cuando somos altruistas, hay demasiadas situaciones en las que mostramos una conducta egoísta. Los seres humanos pueden tomar decisiones racionales, sobre todo cuando juegan al juego generado por la economía, salvo en aquellas situaciones en que la personalidad o los factores contextuales o ideológicos inducen reacciones irracionales.

Admiro la obra de Charles Darwin como el que más, y la importancia de la teoría evolutiva que formuló. Y, sin embargo, creo que se ha ido demasiado lejos en el afán de describir las conductas, los potenciales y las limitaciones del hombre en términos darwinianos. Lo que los seres humanos han llegado a valorar como bonito debe mucho más a las veleidades de la historia, la cultura y la casualidad que a los gustos desarrollados hace decenas de miles de años en las sabanas de África oriental. De igual modo, la evolución no determina que los humanos sean fundamentalmente altruistas, empáticos y buenos ni que sean fundamentalmente egoístas, insensibles y malé-

volos. Existen poderosas proclividades en ambas direcciones. Habrá que buscar la explicación en la historia, la cultura, el desarrollo humano y la educación. Estos hechos determinan qué conjuntos de rasgos constituyen el núcleo en determinadas épocas y circunstancias. La intervención humana influye enormemente; de hecho, nos permite trascender el determinismo postulado por los teóricos del mercado y los teóricos de la evolución.

En los capítulos siguientes, no tengo la intención de vapulear las perspectivas biológicas o económicas, salvo cuando la reprimenda sea merecida. Lo que pretendo es recalcar que la biología o la economía casi nunca aportan la descripción definitiva de las acciones, las decisiones y los pensamientos humanos. Aunque actúen conjuntamente, como en el nuevo campo de la neuroeconomía, su fuerza explicativa resulta notablemente limitada. Quiero hacer hincapié en la importancia de las historias únicas, los perfiles culturales distintivos y los accidentes felices o infelices. Y quiero recalcar la notable aptitud de los individuos para tomar sus propias decisiones, aunque se hallen sometidos a fuertes presiones que les impulsan en una determinada dirección, así como la aptitud de algunos individuos extraordinarios, por su maestría y su imaginación, para abrir nuevas posibilidades que cambian el curso de la historia. Cuando la economía y la biología se suman a nuestro entendimiento, estupendo; pero cuando nos impiden indagar las regiones inexploradas del paisaje humano, como ha ocurrido tan a menudo en las últimas décadas, entonces es preciso descartar estas perspectivas.

No podemos entender el estatus de estas virtudes sin adoptar una perspectiva multidisciplinar. La filosofía ocupa un lugar importante, al igual que la psicología, la historia y los estudios culturales, y, sí, también la economía y la biología. A lo largo del libro deambularé libremente por estos terrenos disciplinares, citando paralelamente algunos ejemplos procedentes de los acontecimientos actua-

les y de la experiencia cotidiana, incluida la mía propia. Pero basta ya de generalidades, resúmenes, propósitos. Ya es hora de analizar cada una de estas virtudes, primero en sus propios términos, y después a la luz de los desafíos planteados por las corrientes de pensamiento actuales y las nuevas formas de tecnología. Después de los tres análisis, expondré algunas sugerencias sobre el mejor modo de educar a los jóvenes, y sobre la manera de inculcar en quienes ya no somos tan jóvenes el interés por estos temas eternos. Tengo la convicción de que podemos preservar los rasgos esenciales de las virtudes clásicas, sin crearnos la falsa ilusión de volver a concebirlas de una manera idealizada.